

ANTHONY BURGESS

SINFONÍA  
NAPOLEÓNICA

UNA NOVELA  
EN CUATRO MOVIMIENTOS

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS  
DE AGUSTINA LUENGO

BARCELONA 2014



A CANTILADO

TÍTULO ORIGINAL *Napoleon Symphony*

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© by The Estate of Anthony Burgess  
© de la traducción, 2014 by Agustina Luengo Ferradas  
© de esta edición, 2014 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:  
Quaderns Crema, S.A.U.

ISBN: 978-84-16011-30-8  
DEPÓSITO LEGAL: B. 22 585-2014

AIGUADEVIDRE *Gràfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2014*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Tallien presionó el botón de su antiguo y noble reloj y la máquina dio las nueve de una manera nueva y republicana. «Ya una hora de retraso». Ventoso silbaba desde la rue d'Antin y agitaba las llamas de las velas. De la pata de palo del registrador interino, que dormía junto al fuego, emanaba un tenue olor a barniz chamuscado. Calmelet, el abogado de ella, dijo pausadamente:

—Las horas podrían haber sido más largas. O más numerosas. ¿No se propuso acaso decimalizar tanto el día como la semana? Diez horas muy largas o cien muy breves. Me reuniré con usted, ciudadana, a las 93,55—soltó una risita—. A las largas las podría haber bautizado el pobre d'Églantine. ¿O quizá Romme? No, Romme no era poeta. Como sea, los dos están muertos.

—Llegaron al Directorio ideas descabelladas—dijo Barras—. Alguien escribió en alguna parte que es mejor dejar las revoluciones a los conservadores.

—Ése fue otro que también murió—señaló Tallien—. Y hubo otro que dijo que la Diosa de la Razón está orgullosa de sus diez dedos.

—Quien dijo eso aún vive—manifestó Barras—y no es su intención dejar de hacerlo.

—Ingenioso—rio Calmelet—. Cenaria. Dormial. Amorosa. ¿Qué tal estos nombres para las horas? Daba la hora de Amorosa.

Barras se acarició cuatro dedos con las tres plumas de su sombrero directorial. Un hombre enamorado de los sentidos, pensó Tallien una vez más, capaz de traicionarlo todo por ellos. No hay que perderle la pista.

—A la coherencia total ha de evitársela por inhumana—dijo Barras.

—Querrá decir *jacobina*—apuntó Tallien.

—Que el cinco y el tres dancen juntos en armonía. Existe un tipo de poema clásico en el que doce sílabas alternan con diez.

—La elegía, supongo—dijo Tallien. El registrador interno resopló en sueños—. No es apropiado hablar de elegías. De epitalamios, tal vez. Es una lástima que los nombres de los meses sean tan, ¿cómo decirlo?, locales. Brumario, nivoso, pluvioso, ventoso. En la tierra de madame estos nombres no resultan pertinentes.

—Tenemos lluvia, viento y niebla. —Pero en los labios de la dama esos fenómenos sonaban tan lánguidos como sus vocales.

—Sí, claro, me refero a que no resultan pertinentes en cuanto términos para designar los meses...

—Está bien que a nuestros franceses del trópico se les recuerde el clima de París—dijo Barras.

—Pero en la tierra de madame siempre será termidor.

—Parece que fue hace tanto tiempo—dijo Tallien—. Termidor.

—Sí sí sí, le hicieron frente, fueron muy valientes.

Barras se acarició la punta de la nariz con el extremo de una pluma. La promesa de un estornudo lo rondó con voluptuosidad, pero, recio como era, no cedió. Olisqueando, miró a madame, que estaba sentada en una silla, malhumorada. Conocía ese cuerpo cubierto por un vestido de muselina; mejor dicho, guardaba un recuerdo de ese conocimiento. Se puede conocer un libro, pero, en cuanto a un cuerpo, sólo es posible recordar que se lo ha conocido. No era el cuerpo lo que cambiaba, sino los dedos que lo tocaban. Y no pasaría mucho tiempo antes de que pudiera pensar lo mismo del cuerpo, ahora bellísimo, de la esposa de Tallien. La carga eléctrica se agotaba, o algo así. Ciencia. *La Revolución no necesita científicos*. Tonterías. La dama dijo:

—Será mejor que regrese a casa.

—Se irá a casa junto con él—dijo Barras—. Ánimo, paciencia. Él tiene muchas cosas que hacer.

—Hubo esperas más largas—observó Tallien—. Ya ninguna espera debería resultarnos pesada.

Ella lo miró; en su silla, él parecía posar para un pintor. Una gloria del pasado plasmada en una cadencia. Oh, compongamos unos versos a partir de eso. Tallien en el escenario; los carros de los condenados resonando entre bastidores. Derrámese la sangre del tirano, que la de nadie más correrá en vano. Y, desde la ventana de la prisión de los carmelitas, ella había visto a esa anciana desdentada que, dichosa, bailaba, con una *pierre* en una mano y el sucio extremo de su bata en la otra.

—Ánimo, paciencia, concordia—Calmelet sonrió, admirando la elegancia del cuello de la dama—para su nueva república, que vivirá siempre en floreal.

Ella llevaba flores tricolores; adoraba las flores. Hubo un tiempo en que cuellos como el suyo se adornaban con cintas rojas, para las denominadas danzas de los sobrevivientes, que por lo general terminaban en ataques de histeria. De repente, el registrador interino pronunció un nombre en sueños.

—Creo que dijo *José*—observó Tallien—. Uno de sus nombres. El nombre cuyo femenino y diminutivo él ha creado para usted.

—Tal vez el nombre de un antiguo compañero de armas—señaló Calmelet—. Es muy interesante lo que un hombre puede evocar en sueños. O quizá un hijo o un hermano. Por supuesto, también es el nombre de su nuevo cuñado, el jefe titular.

—Aún no es mi cuñado. Comienzo a preguntarme si alguna vez lo será.

—Si pronuncia el nombre *Catalina*—dijo Barras—, entonces sabremos que una impostura acucia su mente dormida. Muy irónico. Tiene que haber partidas de nacimiento en sus respectivas islas. Pero ambas islas están en manos del enemigo británico. Muy irónico.

—No será para siempre—comentó Calmelet.

—Así que él ha de usar la partida de su hermano y ella la de su hermana. Una impostura más bien inofensiva.

Y un hermano mayor y una hermana menor, reflexionó ella, hacen que nuestras edades se acerquen más. ¿Estará pensando en eso? Así no media entre nosotros más que un año de diferencia. Ella sentía su edad como sentía que el ventoso se colaba de nuevo por la rendija de la ventana que se había intentado cubrir con una vieja proclama mal impresa, cuyo inicio rezaba: «Ciudadanos». He pasado por demasiadas manos.

—Puesto que debemos seguir esperando, ¿qué podríamos hacer? Si hubiese traído mi tarot, les leería la suerte. En otro tiempo eso me ayudó a pasar el rato.

—Conocemos nuestra suerte—dijo Tallien con dramatismo—. Sobrevivimos, y eso es suficiente. Ahora hay un mayor...

—Sí, sí—dijo Barras—. De eso se trata toda esta espera.

—José—dijo Calmelet—tenía un manto multicolor y salvó a Egipto. No se dejó seducir por la mujer de su señor. En Francia siempre se lo ridiculizó por eso. Y, naturalmente, está también el otro, el santo cornudo.

Nadie sonrió. Barras dijo:

—Hemos abandonado la religión, pero no el buen gusto, o al menos eso espero.

—Oh, muy aristocrático—dijo Tallien. Barras lo miró. Supervivencia.

—Lo siento, ciudadano director—manifestó Calmelet, aunque, por el tono de su voz, no daba muestras de avergonzarse—. Sin embargo, se trata de mitos que han extraviado a todo un país, manteniéndolo en la esclavitud.

—Esas frases suenan huecas en una habitación pequeña, cuando la gente está esperando que se celebre una boda—dijo Barras—. Verdaderas, sí, pero suenan huecas. Debemos comenzar a pensar en nuevas formas de gusto y decoro. Somos los custodios de la civilización.

—Primero la supervivencia—dijo Tallien.

—Lo que tiene que sobrevivir es la civilización en su sentido más amplio. —Guardó para sí, por considerarla de mal gusto, la imagen de los carros marchando hacia el norte, llenos de piezas de plata destinadas a la fundición, procedentes de las monarquías hostigadas. El registrador cambió abruptamente de posición, pero continuó durmiendo. Profirió sonidos de irritación, pero ninguna palabra.

—Esa pata de palo está casi en el fuego—dijo Calmelet—. ¿Habrá quizá una especie de memoria de la sensibilidad asociada a la extremidad perdida? Ah, sí, miren, la ha apartado. —El registrador se movió, refunfuñando; parecía a punto de despertar—. Sigue durmiendo— lo aquietó Calmelet—. Te despertará el mismísimo novio. —Lanzó una mirada astuta a su alrededor para comprobar si alguien había captado el eco bíblico. En ese instante llegó desde fuera el sonido de dos pares de pies que se acercaban. Todos escucharon con atención, pero el sonido pasó de largo. Barras empezaba a sentir que, después de todo, aparte de esa cortesía especial debida a la novia, de la cortesía general debida a los representantes del Estado y de la ley, había algo más profundo y, por así decirlo, reverente que se le debía a él en cuanto, digamos, patrón y poderoso dedo de la mano de la autoridad gobernante...

—Calmelet, ¿cómo llamaríamos a un grupo de cinco?

—¿Un quincunce? No, un quincuvirato.

Monsieur Buenaparte podría haber enviado un mensaje desde su cuartel general. Había en eso un inquietante tufillo a insubordinación, como corresponde a un hombre insolentemente consciente de la autoridad de las balas de cañón. Y, además, la duda que asaltaba a todos (pero era necesario desestimarla en seguida) de si en verdad vendría o de si se habría asustado, como tantos novios antes de él. No, en el hombre palpitaba un amor adolescente; sólo con verla, prácticamente le acometían espasmos bajo los calzones. En él, la electricidad era excesiva. ¿Acaso el camino hasta los Alpes no se

encontraba entre las piernas de esa dama? (Eso era grosero, lo admitía). Había que considerarlo de otra manera y quedarse tranquilo: los tres eran aristócratas, aunque esos dos provenían de desdeñables colonias insulares y hablaban un francés muy provinciano, sin besar las vocales. En cierto sentido, los tres tenían que mantenerse unidos en un mundo gobernado por la clase media. Una amante abandonada para la que había arreglado un matrimonio aceptable; un hombre simpático que no perdía el aliento y que era hábil con las balas de cañones: ambos constituían, por así decirlo, el motor de su propia supervivencia.

Para tratar de divertir a la mohína novia, Calmelet fantaseaba sobre la pata de palo del registrador interino.

—Ni un árbol monárquico ni uno revolucionario, sino un árbol francés (eso es todo). Cedió un fragmento de su ser, como este hombre que duerme aquí entregó una parte del suyo. ¿En qué guerra? ¿Por qué causa? Estos seres son tan insensibles o indiferentes como los árboles.

—Escriba una elegía sobre eso—dijo Barras, medio burlonamente—. Oda a la pata de palo de un patriota. De ese mismo árbol salió la pasta de papel para una nueva edición de Rousseau. Vamos, Calmelet. Diviértanos.

—De acuerdo—rio con alegría—:

*Este hijo de Francia, descalzo y sin camisa,  
jugaba en la mugre real de la real vía.  
El carruaje de monseñor le pasó por encima.  
Un luis recibió cuando su extremidad perdía.*

—¿Qué tal eso, eh?—dijo Calmelet. Barras improvisó:

*La Declaración de Derechos se aprobó  
con uno o dos mazos de ese árbol sacados.  
El cisma intelectual, con sus martillazos,  
terminó cuando el feudalismo se abolió.*



—Ah, no, con todo respeto—dijo Calmelet—, esa licencia prosódica es inadmisible. Demasiado revolucionaria.

Tallien lo intentó:

*En París, las porras son para el motín.  
Todos en paz cuando al pan va el serrín.*

Calmelet lo interrumpió:

*Acaso fuera un árbol que se confiscó  
con la tierra de reyes o clérigos que lo henchía.  
Ofreció un cálamo fuerte a Mirabeau,  
le dio papel (media tonelada parecía),  
y aquél con eso sus constituciones redactó.*

Tallien se apresuró a rimar:

*Tal vez fuera en Verdún donde esa pierna perdió.*

—Bueno. —Calmelet retornó a la prosa—. No volverán a estar en suelo francés. De eso se encargará el novio de madame, que viene con retraso.

Tallien presionó el botón de su antiguo y noble reloj y la máquina dio las diez de una manera nueva y republicana.

—Sí—dijo—, los parientes de esa zorra con corona pero sin cabeza.

—Esperemos con fervor—señaló Barras—, recemos con fervor, si nos inclinamos por ello.

—Al Ser Supremo—dijo piadosamente Calmelet.

—Bueno—comentó Tallien—, el culto al Ser Supremo vino bien. Mantuvo unida a la Convención, entre otras innovaciones menos espirituales. Condujo al termidor y al fin de...

—La encarnación de la Voluntad General—dijo Barras—. Un libro puede ser una vara en manos de un libertador. El mis-

mo libro puede convertirse en el arma de un tirano. ¿Quién puede decir si la verdad se encuentra aquí o allá? Los girondinos se inspiraban en los razonamientos más sutiles de Jean-Jacques. Declararon la guerra a todos y mataron a un rey.

—Y pagaron por ello—comentó Calmelet, asintiendo con la cabeza.

—Continuamos pagando por ello. La supervivencia se da en el porvenir. Me lo dijo Sieyès. Quiere que su epitafio sea: *Sobrevivió*.

—Oh, esto es absurdo—manifestó ella—. ¿Cuánto tiempo más...?

—Ah. —Calmelet fue el primero en escuchar el ruido de pies que se acercaban apretando el paso. La puerta se abrió de un empujón. Era Lemarois, edecán y cuarto testigo. Entonces Calmelet anunció—: *Lui*.

El novio entró dando grandes zancadas.

—Despierte. Quite la pata del fuego. —Le dio a ella dos dolorosos pellizcos de amor, uno en cada lóbulo, y gritó—: ¡Empecemos!